

El valor emocional de la experiencia paisajística. Querencias y paisajes afectivos

Landscape experience's emotional value. Fondness and affective landscapes

PALOMA PUENTE LOZANO¹ ✉

Recibido: 18-11-12 | Aceptado: 28-12-12

Resumen

El artículo reflexiona sobre la centralidad de los componentes emocionales en el pensamiento geográfico acerca de la experiencia paisajística, así como sobre la importancia del esfuerzo y su correlación con los valores morales de engrandecimiento y transfiguración en la metafísica tardo-moderna del paisaje. Se explora la idea de “paisajes afectivos” en el marco de las transformaciones contemporáneas de la experiencia geográfica y de la reciente recuperación y reivindicación, por parte de ciertas corrientes geográficas, de dicha dimensión afectiva para el análisis geográfico.

Palabras Claves: paisaje, giro emocional, geografías afectivas.

Abstract

The paper analyses the centrality of emotional features to modern geographical thought on landscape experiences, as well as the relevance of the idea of effort and its embeddedness within processes of moral self-improvement and transformation as understood by late-modern landscape metaphysics. We reflect on the idea of “affective landscapes” in connection with contemporary changes in geographical experience and the recent retrieval of emotional values for geographical analysis.

Key Words: landscape, emotional turn, affective geographies.

Résumé

Cet article approche la question de la centralité des émotions dans la pensée géographique moderne sur l'expérience du paysage, ainsi que l'importance de l'idée de l'effort physique en tant que liée et menant à une sorte d'élévation morale chez la métaphysique romantique du paysage. On réfléchit par rapport l'idée de “paysages affectifs” dans l'horizon des changements contemporains de l'expérience géographique et la toute récente récupération des émotions dans certains courants de la géographie Anglo-saxonne.

Mots-Cles: paysage, tournant émotionnel, paysages affectifs.

1. Universitat Autònoma de Barcelona. Paloma.Puente.Lozano@uab.es

1. Introducción. El paisaje como momento de sentido

Si, como afirmaba el escritor francés A. de Saint-Exupéry, el paisaje emerge en el esfuerzo de aquel que recorre sus caminos, laderas, llanos o pendientes, y es, por tanto, “construcción de la fatiga”, “disposición del músculo”, “corteza amarga” que ha de ser vencida para alcanzar su fruto y su raíz², parece entonces difícil un pensamiento del paisaje que no sea expresión y parte de esa misma experiencia primordial que es, a la vez, radicalmente corporal, y un movimiento, también, esencialmente espiritual: ejercicio constante de emoción y de razón, latido profundo de un corazón que está a la escucha.³

En esta visión, el paisaje es encuentro, lucha o vencimiento de una resistencia que nos da la medida de lo que somos, y como tal, signa un vínculo vital, agónico en buena medida, que nos define íntimamente, y que es, al mismo tiempo, contorno de nuestra exterioridad. Tal imagen del paisaje subraya un *emerge* conjunto del mundo y del sujeto, que es trabajo del cuerpo, tráfago emocional y expresión mística de un ordenamiento individual, en que la construcción del sentido se produce en el continuo *dejarse ser* traspasado por el paisaje, por esa “gran voluptuosidad física” (la de las “altas cimas”, en palabras de E. Reclus). Se trata aquí, por tanto, de una suerte de anudamiento en que se conforma nuestra memoria primera, y cuyo movimiento (esto es, el recuerdo mismo) nos arrulla con un ritmo propio, ajeno al paso del tiempo, pues ese “nudo”⁴ no es sino llama viva que el cuerpo, en cada paso, ascensión o vuelta al hogar, mantiene encendida.⁵

La metafísica romántica del paisaje (o al menos una parte concreta de sus muy diversas literaturas, y en especial la geográfica⁶) está llena de imágenes y metáforas del *esfuerzo*, del contacto, de ese cuerpo a cuerpo con el entorno sin el que no puede entenderse, ni establecerse el íntimo diálogo entre el individuo y el paisaje. “Yo te sé peña a peña y rama a rama;/ conozco el agrio olor de tu romero”, cantaba el poeta A. Machado de la Sierra del Guadarrama en su poema “Flor de Verbasco”. Efectivamente, este diálogo se manifiesta como un lento y costoso aprendizaje espiritual que se realiza en y a través del cuerpo, clave de toda “transfiguración”, pues como el propio Saint-Exupéry afirma, en un pasaje casi propio de Reclus:

“No hay paisaje descubierto de lo alto de las montañas si nadie ha trepado la cuesta, porque ese paisaje no es *espectáculo*, sino dominación. Y si te han llevado a lo alto en la litera no ves sino ordenamiento de cosas más o menos sosas, pero ¿cómo las espesarías con tu sustancia?”

2. SAINT-EXUPÉRY, A. (1948 [1998], 108). Esta idea del paisaje está presente en toda su obra, por ejemplo también en SAINT-EXUPÉRY, A. (1931 y 1939).

3. Y sólo en la medida en que implica esas tres dimensiones (razón, cuerpo y emoción), puede expresarse plenamente el paisaje, y nosotros con y en él. Esto es: sólo alguien que sabe *a la vez* escalar, sentir y escribir, como sintetizara el pirineísta H. Beraldi en su *opus magnum*, los nueve volúmenes de *Cents ans aux Pyrénées*, que expresa canónicamente la herencia intelectual, conformada siguiendo el canon de la experiencia y tradición alpinas, de la literatura de montaña referida a los Pirineos (MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y ÁLVARO, S., 2002).

4. Como lo llama Saint-Exupéry, haciéndolo equivaler a otros términos como “patria interior”, o “sentimiento de la existencia” (SAINT-EXUPÉRY, A., 1948 [1998], 106-7), lo cual da cuenta de la centralidad y profundidad de esta experiencia.

5. No en vano sentenció H. Russell en su célebre *Souvenirs d'un montagnard* que: “Là où l'artiste ou l'écrivain ont mis leur coeur, ils reviendront toujours.” La preciosa palabra española “querencia” evoca perfectamente esta inclinación del corazón a volver, con la imaginación o el sentimiento, a ciertos lugares que nos son especialmente caros, donde hemos puesto el corazón.

6. La obra del francés E. Reclus quizá sea el mejor exponente de esta visión (cfr. RECLUS, 1899), que recoge la larga tradición de canto a la montaña por sus valores educativos y espirituales, como un paisaje sinónimo de libertad. Esta imagen aparece ya en De Saussure y está plenamente expresada en E. de Senancour a principios del XIX, y ampliamente desarrollada por F. Schrader, H. Russell y tantos otros, como ha sido magníficamente estudiado y expuesto por los geógrafos españoles E. Martínez de Pisón o N. Ortega (Cfr. MARTÍNEZ DE PISÓN, E., 2005, 2009a, 2009b, y ORTEGA CANTERO, N., 1999, 2006).

Porque el paisaje, para el que se cruza de brazos con satisfacción, es mezcla de jadeo y de reposo de los músculos después del esfuerzo, y del *azulamiento* de la tarde, y está también contento del orden establecido; pues cada uno de sus pasos ha *ordenado* un poco los ríos, alineado esas cimas, reajustado la arenilla del pueblo. Ese paisaje ha nacido de él, y la alegría que en él descubro es la misma alegría del niño que al alinear sus guijarros ha construido su ciudad y se maravilla, la llena de él. Pero ¿qué niño será feliz al mirar un montón de piedras que no es sino *espectáculo sin esfuerzo*?” (SAINT-EXUPÉRY, A., 1948 [1998], 108. Cursiva nuestra).

El esfuerzo es, en esta tradición, la condición necesaria del paisaje, expresión del amor al mismo y piedra de toque, por tanto, de todo engrandecimiento moral: el “penoso camino de la virtud”, como dijera E. Reclus de la montaña⁷. Sólo en ese encuentro empieza a surgir el *sentido*, y nos es dada, pues, la posibilidad de la transformación espiritual, el instante en que el mundo aparece bajo una forma plena (el “ordenamiento”, la “sustancia” insuflada por el individuo en su *ejercerse*, de la que Saint-Exupéry nos habla).

Se trata ésta de una concepción del paisaje que, si bien es totalmente heredera de la sensibilidad romántica y comparte muchos de sus valores y de su universo moral y estético (cfr. SAFRANSKI, R., 2007), conforma, no obstante, un *corpus* propio de pensamiento en que este encuentro entre el ser humano y el medio del que surge el paisaje es, sin embargo, un momento esencialmente *afirmativo*. Es decir, no responde tanto al patrón de la experiencia desgarradora de escisión entre el ser humano y la naturaleza, en tanto que cargada de *negatividad*; ni a la visión canónica del paisaje como constatación de la orfandad, imposible ya de superar, del ser humano, dada su expulsión definitiva del mundo natural, tal y como el romanticismo anglo-germánico las consagró (ARGULLOL, R., 1982). Al contrario, ésta responde a un patrón ligeramente diferente en que dicha experiencia es tematizada, nietzscheanamente, pues son, al cabo, este tipo de experiencias ejemplo de lo que el filósofo nombrara como las “cumbres del arrobamiento”. Se trata de un momento absoluto de afirmación de la potencia del ser humano, del destello total y súbito del sentido: momentos extáticos, a veces casi al límite de la muerte, y que, por ello, capturan y exponen crudamente la esencia pura de la vida. Así, la tragedia y el desgarrar cósmico propios de la experiencia romántica son transformados aquí en fuerza afirmadora de la vida, “generación real de sangre y semilla” (en expresión de E. Jünger) y forja del “núcleo endurecido de la persona” (SAFRANSKI, R., 2007 [2009], 296)⁸.

Es esta visión, por tanto, una de las diversas y tardías manifestaciones de la metafísica romántica del paisaje que ha quedado plasmada en cierta literatura del siglo XX, donde se renueva el rechazo a los valores de la seguridad, normalidad, etc., de la cultura y sociedades burguesas, y que comparte con la sensibilidad romántica tono y ansias de grandeza, anhelo de sentimientos fuertes y experiencias de purificación, y, en definitiva, el canto de lo dionisiaco (sea ahora en su versión

7. Como afirma la profética voz del personaje de *Ciudadela* de Saint-Exupéry en uno de sus tantos mandatos espirituales: “No tenéis derecho de evitar un esfuerzo sino en nombre de otro esfuerzo, pues debéis engrandeceros”. (SAINT-EXUPÉRY, A., 1948 [1998], 109).

8. Safranski expone magistralmente esa filiación nietzscheana cuando cita un pasaje de la obra *Tempestades de acero* en que Jünger relata el contraataque germano en la Batalla de Cambrai durante la Primera Guerra Mundial y alude a sus vivencias: “Por fin me había alcanzado una bala. A la vez que percibía el balazo sentí que aquel proyectil me sajava la vida. [...] Mientras caía pesadamente sobre el piso de la trinchera había alcanzado el convencimiento de que aquella vez todo había acabado, acabado de manera irrevocable. Y sin embargo, aunque parezca extraño, fue aquél uno de los poquísimos instantes de los que puedo decir que han sido felices de verdad. En él *capté la estructura interna de la vida*, como si un relámpago la iluminase”. (JÜNGER, E., 1920 [2005], 299. Cursiva nuestra).

belicista y de exaltación del peligro, como en la literatura de E. Jünger, o en el aliento místico-profético del Saint-Exupéry de *Ciudadela*).

Hay en esta actitud un intento de defender la vida del “desencanto” (siguiendo la trillada terminología de Weber) traído por la racionalización y tecnificación propias de la modernidad, y una necesidad de buscar, una vez más, nuevas fuentes de “lo misterioso”, ese dios estético del romanticismo. Existe en esta literatura también un fuerte sentido de la épica, pues es ese cuerpo a cuerpo con el paisaje lo que define la participación del individuo en una *aventura* sin la cual el mundo se reduce a estéril superficie privada de significado. Para Saint-Exupéry, quienes no han abrazado ese impulso de transcendencia, de penetrar la superficie de las cosas, no pueden recibir su “fruto”, el sentido, ya que “su comodidad es ausencia” (SAINT-EXUPÉRY, A., 1948 [1998], 108).

Esta filosofía de implicación radical⁹, de “engrandecimiento” y superación apunta al paisaje como un particular dominio de sentido, pues sólo en ciertos lugares y bajo ciertas condiciones o actitudes puede accederse a tales estados emocionales: es la larga marcha del cuerpo fatigado la que convoca y da una dimensión significativa al “azulamiento de la tarde”, y es ese azul la marca, la prueba del sentido: instante místico en que se nos revela “la estructura interna de la vida” a la que veíamos que se refería JÜNGER, E. (1920 [2005], 299).

Desde esta perspectiva, el paisaje, más que lugar de los afectos (o “reserva” de los mismos), es sobre todo “ejercicio de[l] corazón” (SAINT-EXUPÉRY, A., 1948 [1998], 115). Ascender la montaña o penetrar en la floresta y emboscarse es un largo viaje de autoconocimiento y engrandecimiento moral: el movimiento como trabajo de sentido que ordena el paisaje, y *nos* ordena a nosotros en y con él... Pues como escribe Saint-Exupéry: “¿Cómo conocerán los hombres sus actos si no han escalado trabajosamente la montaña, en soledad, para trasmutarse en silencio?” (SAINT-EXUPÉRY, A., 1948 [1998], 137). El paisaje se revela aquí como iluminación, como momento máximo de comprensión y aprehensión del mundo, el instante en que tenemos acceso, mirada ebria, al sentido. El azulamiento de la tarde en el paisaje proyecta con su luz particular un significado íntimo en nuestras vidas. Este resonar espiritual del individuo en la materialidad misma de lo que le rodea, implica una concepción del ser humano como algo permeable y traspasado por esa misma materialidad. Evoca, por tanto, una idea de la existencia como apertura y “cuidado” (por decirlo con el Heidegger que piensa que la existencia se despliega en los estados de ánimo en tanto que disposición del ser o “afección”). Es, en conclusión, la vida entendida en la estela del Kierkegaard como pensador de los “instantes”, y materializada en la relación con el paisaje como “radiación” hacia el sujeto, por seguir utilizando la terminología jüngeriana¹⁰.

9. En el sentido etimológico de una experiencia que llega hasta la raíz de lo que somos. En palabras del citado escrito francés: “Nada tiene sentido si no mezclo en ello mi cuerpo y mi espíritu. No hay aventura si no me comprometo en ella”. (SAINT-EXUPÉRY, A., 1948 [1998], 109).

10. El de “radiación” es uno de los conceptos centrales de la obra del escritor alemán E. Jünger, pues éste es el famoso título de sus voluminosos diarios que abarcan desde 1939 hasta prácticamente el año de su muerte en 1998. Define así Jünger el término: “El primer movimiento de la vida después de la fecundación es una radicación sutilísima –la obertura de la individuación. En cada instante estamos envueltos en haces de luz que nos tocan, nos rodean, nos traspasan. ¿Quién conoce y quién mide los efectos que esas radicales causan en nuestro cuerpo, en nuestros sentidos, en nuestro espíritu –el orden, el equilibrio a que sin cesar estamos compelidos? [...] Estamos así esforzándonos sin pausa en dirigir, en armonizar, en elevar al nivel de las imágenes las ondas de luz, los haces de rayos. No significa otra cosa vivir” (JÜNGER, E., 1979, [2005], 13).

2. “Paisajes afectivos”. Una visión del vínculo entre emoción y paisaje desde la geografía contemporánea

Cuán distante, sin embargo, nos parece hoy ese fervor tan místico de Saint-Exupéry, en una época ya, la nuestra, en que la denominada “comodificación” del paisaje y de los lugares parece extender sobre ellos una pátina de banalidad que inevitablemente imposibilita no sólo aquellas formas trascendentes de experiencia, sino la metafísica misma del paisaje de la que Saint-Exupéry fuera una de sus últimas y más eximias voces, precisamente cuando ya todo a su alrededor era muestra de dicho cambio.

La obra de Saint-Exupéry es, claro, una larga, honda y polémica diatriba moral¹¹, escrita en un momento en que la tecnología y los procesos económicos y culturales propios de las sociedades capitalistas han calado y desplazado definitivamente el horizonte estético y moral dentro del cual había sido posible, hasta entonces, pensar la construcción del mundo, en tanto que trama de sentido, conforme a los parámetros culturales del “esfuerzo”, la “autenticidad”, el “valor” o la “aventura”.

Quizá sea la obra del filósofo alemán M. Heidegger la que recoge de modo paradigmático este profundo malestar, aunque en unos términos distintos y mucho más elaborados como argumento filosófico acerca la modernidad como imposibilidad o “fin de los argumentos”¹²: esto es, el fin de una trama cultural y simbólica (la de la *naturaleza*) capaz de dar sentido a las vivencias de unas sociedades ya completamente tecnificadas, *desarraigadas* de la *tierra*, como lo son las modernas.

El pensamiento geográfico contemporáneo ha adoptado también muchas de las categorías propias de éstas y otras críticas de la modernidad (como las de la Escuela de Franckfurt y sus epígonos), ahondando y difundiendo cierto juicio valorativo (peyorativo, por otra parte) de las prácticas culturales contemporáneas, especialmente, en lo referido al paisaje: por ejemplo, las experiencias turísticas del paisaje, denostadas como meras formas de “consumo” de una naturaleza reducida a espectáculo y resignificada superficialmente mediante prácticas deportivas, de aventura, etc.¹³

Así, el predominio en las sociedades capitalistas de una lógica mercantil más atenta a hacer del paisaje un lugar de atracción, seducción o diversión, y a facilitar el consumo de aquello que estos lugares tienen que ofrecernos, que a procurar formas de encuentro o de vinculación emocional profunda entre el individuo y el paisaje, habrían generado un tipo de experiencias emocionales y de sentido enormemente superficiales.

11. *Ciudadela* fue escrita entre 1939 y 1944, año de la desaparición del avión de Saint-Exupéry en las costas del sur de Francia, durante una misión de reconocimiento. Obra inconclusa y controvertida en cuanto a su interpretación, contiene una suerte de reflexión acerca de la sinrazón de la época y la pérdida de un sentido profundo de la existencia. Contiene, por tanto, una llamada urgente al renacer de un orden espiritual y moral, razón por la que no en vano esta obra ha sido comparada con el Zaratustra de Nietzsche, *Los siete pilares de la sabiduría* de Lawrence o *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* de Rilke.

12. La expresión es de PARDO, J.L. (2010, 57 y ss.).

13. Tal vez como consecuencia de la amplia difusión de la que ha gozado la geografía cultural de corte anglosajón en los últimos años (compartiendo objetos de estudio e interés con los Estudios Culturales, etc.), el tono dominante de la interpretación de las experiencias geográficas y paisajísticas contemporáneas es el que aquí acabamos de apuntar, tematizado por los geógrafos, sociólogos y analistas culturales en torno a la idea del “no-lugar” (AUGÉ, M., 1992). Estos trabajos han producido una curiosa síntesis, por su tono, de la crítica marxista (actualizada en las categorías estético-culturales ya avanzadas por la Escuela de Franckfurt) al capitalismo posindustrial y a los procesos de modernización que le son propios en tanto que responsables de la destrucción de formas fuertes de identidad y comunidad; y, por otro lado, de los parámetros valorativos de los enfoques fenomenológicos y hermenéuticos, en su crítica a las formas contemporáneas de experiencia (inautenticidad), etc. Cfr. con la excelente síntesis de PARDO, J.L. (2010, 19-40 y 57-101).

Estas prácticas paisajísticas propias de las sociedades contemporáneas han sido descritas como formas estereotipadas, simplificadas e inauténticas de experiencia del paisaje, y se ha dicho que conllevan un importante empobrecimiento de nuestras formas de vida, a la vez que parecen des-terratar, definitivamente, el esfuerzo (y su épica, por tanto) de nuestras concepciones, narrativas o imaginarios del paisaje¹⁴. Desde este punto de vista, sería hoy imposible una forma de experiencia y conciencia del paisaje como aquella con la que abríamos estas páginas, pues, en el mejor de los casos, los “simulacros” de esa épica no podrían darse sino bajo las formas inauténticas y “falsas” (en el sentido ideológico) que adoptan los nuevos discursos mercantilistas de los deportes de riesgo o del turismo de aventura (cfr. RUSSEL, W.B. y JANEEN, A.C., 1998). El marco de vida nihilista de nuestras sociedades contemporáneas imposibilitaría, desde esta perspectiva, auténticas experiencias del paisaje.

Si bien hoy en día tienden a predominar ciertos discursos geográficos (sobre todo en el mundo anglosajón) en que parece que se ha “roto” u olvidado precisamente la manera tan profunda y certera en que esa tradición paisajística moderna de la que hablamos comprendió siempre el papel esencial de los valores y de lo afectivo en la explicación y descripción del paisaje¹⁵, no obstante, hay corrientes del pensamiento geográfico contemporáneo que están volviendo a retomar, desde un horizonte epistemológico completamente diferente, este interés por las dimensiones afectivas de la experiencia paisajística. Es cierto que desde la inicial aportación de la geografía humanística se había venido ya llamando la atención sobre la urgencia de la reflexión acerca del progresivo “deterioro” de las formas contemporáneas de la experiencia geográfica (*placelessness*, homogeneización, etc.); sin embargo, en la última década la difusión dentro de la geografía de las ideas postestructuralistas sobre el sujeto, la experiencia, la identidad, etc., han posibilitado la articulación de toda una nueva serie de trabajos que reivindican la importancia y centralidad de estos componentes afectivos en el análisis geográfico.

Ciertamente, esto es parte de un movimiento más general del pensamiento contemporáneo hacia la revalorización de la subjetividad y hacia la integración de los componentes emotivos en el proceso de conocimiento y de la conformación de los sujetos, pero en la geografía humana se ha concretado en eso que algunos anglosajones han llamado, de manera un tanto amnésica, el “giro emocional”¹⁶.

Esta reintroducción contemporánea de las emociones en el análisis geográfico se ha llevado a cabo desde nuevos postulados teóricos y marcos epistemológicos de naturaleza diversa y heterogénea (postestructuralismo, *non-representational theories*, etc.). Existen, no obstante, una serie de elementos constantes y compartidos entre todos estos trabajos que podrían sintetizarse en los siguientes puntos.

14. En otra parte hemos abordado estas cuestiones y hemos hecho un repaso de la principal literatura que se ocupa de estos asunto y que aquí no podemos citar (PUENTE, P., 2008, 2010).

15. Cfr. ORTEGA, N. (1987, 2006).

16. Lo calificamos de “amnésica”, pues supone un desconocimiento, y a veces cierto “ninguneo”, de la tradición geográfica y de la manera en que esos aspectos ya estaban integrados en el discurso y la práctica geográfica. Algo similar sucede con el llamado “giro cultural” y otras reivindicaciones que las corrientes anglosajonas han hecho recientemente para solucionar problemas (los excesos del objetivismo, etc.) que aunque nacen de la adopción de un nuevo marco epistemológico adecuado a la complejidad de la descripción del mundo contemporáneo, tienen también algo que ver con el abandono de algunos de los valores de la geografía moderna, o, precisamente, por no haber sabido actualizarlos. Se aducirá que el horizonte onto-epistemológico de una y otra geografía son inconmensurables, y, por tanto, la ruptura de esa tradición irrevocable, pero una lectura históricamente contextualizada de muchas de estas y otras aportaciones de la geografía cultural y el pensamiento geográfico anglosajones revela que la “novedad” de las mismas radica casi exclusivamente en el utillaje filosófico empleado, a través del cual se ha podido introducir en el núcleo de su modo de análisis de todas estas cuestiones una visión política.

En primer lugar, desde el “giro emocional” en la geografía anglosajona se ha postulado la necesidad de realizar una suerte de doble movimiento en el estudio de la relación entre las emociones y los lugares. Por un lado, se busca articular una perspectiva espacial que comprenda las emociones y su conformación, localización, materialización, y reproducción en los espacios concretos: es decir, el estudio de las espacialidades de la emoción, para poder así elaborar una “hermenéutica espacio-emocional”, ya que las “emociones se hacen comprensibles -sensibles- sólo en el contexto de lugares particulares” (DAVIDSON, J. y MILLIGAN, C., 2004, 524)¹⁷.

Por otro lado, se explora simultáneamente la dimensión opuesta, es decir, cómo el espacio se construye también, o sobre todo, emocionalmente, y cómo éste se configura como una suerte de trabazón de emociones que permite explicar las particularidades de la ubicación de los sujetos y los grupos sociales en diferentes entornos y cómo es su interacción con ellos. En este segundo sentido, se ensaya una aproximación emocional al estudio del espacio (de los paisajes y lugares, en general). En ella la importancia del llamado “giro emocional” estribaría en que no se trata ya de una visión “emotivista” o puramente subjetivista del espacio, sino que se adopta una perspectiva “relacional”; es decir, se piensa esta inserción y conceptualización de las emociones en geografía como elementos constituyentes tanto de los lugares como de los sujetos, simultáneamente, y, en consecuencia, elementos clave de nuestra interacción con el paisaje. No supone esto, insistimos, una “psicologización” del concepto de paisaje (como era el caso en la inicial propuesta de los geógrafos humanistas), ya que no se trata aquí de una simple cuestión de topofilia/topofobia. Tal y como BONDI, L. *et al* (2005, 3) afirman: “una geografía emocional, entonces, pretende comprender la emoción -experiencial y conceptualmente- en términos de su mediación y articulación socio-espacial más que como unos estados mentales subjetivos completamente interiorizados”.

Esta línea de trabajo se ha centrado fundamentalmente en el estudio de las emociones en tanto que localizadas en el cuerpo (encarnadas) y, a través de ellos, localizadas en el espacios, así como en la exploración de las posibilidades de representación de la afectividad de los paisajes, donde el problema fundamental es el de la expresión de todos los componentes inefables que conforman los paisajes y los lugares¹⁸.

En segundo lugar, otro rasgo característico de todos estos trabajos es el de sostener una concepción relacional del sujeto (entendiendo éste como una entidad abierta, que emerge en y por los vínculos que establece con otros sujetos y objetos)¹⁹, presentándose como una perspectiva

17. Es importante señalar que estos autores parten de una “visión no objetivante de las emociones” (BONDI *et al*, 2005: 3), entendidas como “movimientos, flujos o corrientes relacionales entre medias de la gente y los lugares”. Pues como afirman DAVIDSON, J. y MILLIGAN, C. (2004, 524): “Las emociones tienen que ser entonces consideradas como una forma de tejido conectivo que vincula las geografías experienciales de la psique y la física humana con (y dentro de) las más amplias geografías sociales del lugar.”

18. Véase, por ejemplo, HARRISON, P. (2007). En este punto, el “giro emocional” comparte muchas de las inquietudes metodológicas y ontológicas (y también problemas y limitaciones) que tienen otras corrientes postestructuralistas de la geografía anglosajona como las ya mencionadas Non-representational geographies. Sobre algunas de estas cuestiones véase LORIMER, H. (2008), NASH, C. (2000) y TOLIA-KELLY, D.P. (2006).

19. Aplicado a este caso, hace alusión a la reordenación de los límites corporales en nuestra relación con el paisaje: “grietas en nuestros vínculos psico-sociales” (BONDI, L. *et al*, 2005, 7) que aparecen en las experiencias de conmoción o emoción (cuando nos vemos “movidos por el paisaje”. “Este tipo de experiencias muestran que lo que parece ser impactos exterior impacta profundamente en nuestros interiores emocionales, pasando (a través de nuestros límites) hasta nosotros.” ((BONDI, L. *et al*, 2005, 7). Lo que da cuenta de la “permeabilidad” y “fluidez” de los límites corporales del sujeto, que no están tan firmemente fijados como algunas teorías de la subjetividad y la alteridad han defendido, y que, al contrario, se definen por su relaciones con otros sujetos y objetos (CONRADSON, D., 2005a y 2005b).

que pretende integrar el paisaje y el espacio en tanto que elemento central de la propia estructura de la experiencia, como una parte más de la trama en que estamos imbricados (la malla de sujetos-objetos-eventos que es la realidad) y que conforma nuestra identidad (cfr. CONRADSON, D., 2005a, 2005b)²⁰. Estos geógrafos han adoptado las reformulaciones que diversos filósofos postestructuralistas han hecho de las categorías ontológicas²¹, y así han dejado atrás la noción tradicional de “emoción”, criticada como una perspectiva subjetivista e individualizante de las emociones, para adoptar la idea de “afectividad”²², que indica un interés particular por el aspecto intersubjetivo de las experiencias emocionales y por los campos de afectividad que éstas crean (entre nosotros, los otros y el paisaje)²³. Este concepto pone el énfasis en el “cómo de la emoción” (THIEN, D., 2005, 451), inseparable de la *materialidad* de lo corpóreo, de un sentido del emerger (en su potencialidad) del sujeto, y de las particulares, contingentes y cambiantes configuraciones afectivas que marcan su identidad.

En tercer lugar, estas perspectivas geográficas asociadas con el denominado “giro emocional” han tratado de poner en marcha una explicación, no determinista, de la influencia emocional de los contextos espaciales y de las ecologías del lugar (cfr. THRIFT, N., 1999), esto es, de sus particulares configuraciones y relaciones estructurales. Esta línea ha cristalizado, entre otras, por ejemplo, en la idea de los “paisajes terapéuticos” (GESLER, D., 1992), basada en supuesto de que los lugares pueden transformar la vida emocional de las personas, ya que determinadas características del paisaje despiertan ciertos sentimientos (GESLER, D., 2003).

De una u otra manera, todas estas aportaciones han puesto de manifiesto cómo, por encima o por debajo de las demarcaciones visibles o formales y de la estructura que el espacio presenta (territorios, lugares, fronteras, etc.), nuestra interacción con el mismo genera también sutiles, fluidas y dinámicas demarcaciones, así como ordenaciones personales, no siempre coincidentes con esas otras estructuras “oficiales” (ni con sus lógicas). De ahí las tensiones y paradojas inherentes a toda experiencia paisajística²⁴. Asimismo, estos geógrafos han trabajado ampliamente acerca de la consideración de las múltiples configuraciones del sujeto y el paisaje que emergen de diferente tipo de prácticas corporales (el paseo en los bosques, la ascensión a la montaña, el reposo al pie de los acantilados, la contemplación de los valles, etc.)²⁵. Cada uno de esos complejos entramados

20. La idea de la “relacionalidad”, como ya hemos indicado, es una constante en estos trabajos, que hablan de emociones y espacios como “mutually constitutive” (DAVIDSON, J., 2003, 142), e insisten en el carácter fluido de los límites entre los “(embodied) selves and ‘surrounding’ spaces.” (*Ibid.*) “El impacto relacional –continúa este autor– entre la gente y los lugares no es nunca simplemente unidireccional” (*Ibid.*, p. 143), sino que implica complejas relaciones en los dos sentidos, ya que la propia naturaleza de nuestras emociones no es simplemente “responsive” (una mera reacción al entorno), sino interactiva en el sentido de que lo construye también de una determinada manera.

21. Especialmente se han interesado por los conceptos del filósofo francés G. Deleuze (y su recuperación de las categorías de pensamiento de Spinoza), así como por las denominada ANT (Teoría actor-red), las éticas relacionales y las nociones de performatividad de filósofos como J. Buttlar, y algunas formas de éticas no antropocéntricas, como horizonte de superación de la dicotomía natural-artificial, humano-no-humano. Cfr. WHATMORE, F. (1997, 2002) o MURDOCH, J. (1997, 1998) para una aplicación de estas ideas en geografía.

22. Véase esto claramente en THIEN, D. (2005, 451), THRIFT, N. (2004) y McCORMACK, D. (2003 y 2007a).

23. Además, esta sustitución conceptual se ha defendido también para evitar todas las connotaciones que arrastra el término “emoción”: la herencia moderna del binario emoción-razón, sus sesgos de género y para eludir asimismo la dicotomía público-privado, ya que le es pareja al arrastrar la idea de emoción una connotación más individual (la emoción como unidad discreta y personal, opuesto a lo político). La idea de “geografías afectivas” precisamente disuelve los “límites de lo público y lo privado”. En este sentido, la idea de los “paisajes afectivos” que aquí presentamos puede permitir entender cómo las emociones personales se manifiestan espacialmente haciéndose colectivas o articulando públicamente espacios desde la intimidad de la emoción, como en el caso de los hitos que propondremos en el último apartado, como un ejemplo de paisaje o geografía afectiva.

24. Sobre las “demarcaciones emocionales” del espacio véase BONDI, L. *et al* (2005, 1 y ss). Al estudio de algunas de ellas se consagra de “geopoética”. (LÉVY, V. y GILLET, A., 2007).

25. Ejemplos de este tipo de trabajos de exploración de geografías afectivas serían WYLIE, J. (2002, 2003, 2005 y 2009), SMITH, M. (2005).

de “momentos y movimientos” (WYLIE, J., 2005, 236), corporalidades y afectividades, se teje en el tráfigo de la relación entre el sujeto y el paisaje, dada la capacidad de éste de afectarnos y la nuestra de conmovernos en su encuentro. Por supuesto, se insiste en que esta doble “absorción” va más allá de lo que a veces se ha concebido como pura subjetividad, pues implica dimensiones de la experiencia mucho más amplias, y no es sino la plasmación de la manera en que pasamos a formar parte de la propia trama de paisaje, y no precisamente de manera metafórica.²⁶

No nos detendremos aquí en el análisis de estas aportaciones, pues no es el objeto principal de este artículo y ya son, por lo demás, conocidas entre los geógrafos de ámbito hispano²⁷. Simplemente, recapitularemos algunas sus aportaciones viendo cómo pueden articularse a través de la idea de “paisaje afectivo”, para pasar luego a ver, muy sucintamente, un posible ejemplo concreto. El análisis de cómo se forjan este tipo de vínculos entre paisaje y sujeto a través de la exploración de la afectividad se revela útil en un doble sentido:

Por una parte, poner el foco en esta conexión supone asumir la relevancia y significación, para el sujeto, de ciertos entornos (paisajes que se hacen espaciales en nuestra biografía y sin referencia a los cuales no puede articularse coherentemente el relato de nuestra identidad).²⁸ Obviamente, no todos los paisajes con los que nos relacionamos son relevantes biográficamente, pues, como ha recordado Eduardo Martínez de Pisón parafraseando a Unamuno, “hay necesidad de almacenar paisajes en el corazón. Pero no cualquier paisaje sino los que producen estados de conciencia” (MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y ÁLVARO, S., 2004, 84). Esta conexión suele venir marcada por algún tipo de afinidad, proyección y sintonía emocional entre el paisaje y la “estructura de la sensibilidad” del sujeto²⁹, y por supuesto, está medida culturalmente y moviliza imaginarios colectivos fuertemente arraigados³⁰.

Por otra parte, este vínculo se expresa en la manera en que los mismos paisajes que concentran una fuerte carga emocional quedan insertos en particulares (y personales) configuraciones o redes de memoria, identidad y narración, que reciben sucesivas ordenaciones en virtud de las cambiantes geografías del deseo, la acción y la contemplación. Las prácticas de los individuos (sus ires y venires, el abandono o el olvido de algunos de sus paisajes, la transformación memorialística de su imagen o su evocación nostálgica, etc.) insuflan un constante dinamismo a esa red de asociaciones (lo que la *behaviourial geography* llamó “mapas mentales”) y sitúan al paisaje en un constante devenir (*becoming*).³¹

26. Es obvio que esta idea requiere asumir las reformulaciones contemporáneas y la deconstrucción de la dicotomía natural-artificial y pensar el significado del paisaje más allá de ésta, entendiendo nuestra inserción en la naturaleza, y las transformaciones que en ella producimos, como parte fundante de nuestras propias transformaciones como sujetos. También supone, claro, una mejor comprensión de cómo se da y lo que supone nuestro “dwelling”. Cfr. WYLIE, J. (2003, 142) y la superación de la semiotización de los paisajes pues, como afirma TILLET, C. “más que ver las cosas, los lugares o los paisajes fundamentalmente como sistemas de signos o como textos o discursos que codifican el significado y reflejan de varias formas identidades sociales, podemos verlos como *agentes* que producen activamente esa identidad.” (TILLEY, C., 2004, 31. Cursiva nuestra).

27. NOGUÉ, J. (2011), NOGUÉ, J. y DE SAN EUGENIO VELA (2011), o ESTÉVEZ, B. (2012).

28. Es lo que el filósofo MALPAS, J. llama “el principio de Proust” (MALPAS, J., 1999, 175-193) para referirse a la importancia del lugar en la configuración de la identidad. La lectura de *En busca del tiempo perdido* debe entenderse como el relato de los lugares perdidos, y de los paisajes a través de los cuales se hace posible la narración de Marcel.

29. El concepto es de R. Williams.

30. Quizá precisamente por eso, estas conexiones afectivas han sido estudiadas más para unos determinados paisajes que para otros, como es el caso de las montañas y los glaciares, centrales en el imaginario paisajístico de la cultura europea moderna. Al hilo de esto, comenta MACFARLANE, R. (2007, 60-61): “La capacidad de valles, gargantas, cañones, arroyos o barrancos para modelar o transformar nuestro pensamiento está menos documentada. (...) Estos espacios tienen el encanto de los mundos perdidos o de los jardines secretos; suscitan en el viajero que se adentra en ellos -tras coronar un risco y ver cómo el terreno cae a sus pies- la emoción de lo prohibido y lo cerrado.”

31. Cfr. SCHEIN, L. (1997, 662) citado en WYLIE, J. (2007, 190).

Los “paisajes afectivos” están fundamentalmente definidos por una “resonancia”, una suerte de eco o tráfago (bidireccional) en que el paisaje activa en el individuo una fuerte evocación, y éste a su vez consigue “hacer hablar al paisaje”. El individuo queda, así, inmerso en una compleja dinámica de ausencias y presencias, de memoria y olvido, de consonancia y disonancia entre los paisajes reales que éste recorre y los paisajes imaginados, soñados o anhelados a partir de éste primero.

De alguna manera, los “paisajes afectivos” son la expresión geográfica y la concreción material y simbólica de nuestras querencias; es decir, aquellos parajes a los que, con la imaginación, el cuerpo o la memoria, siempre volvemos y que son el “principio de orden” (y quizás, de “esperanza”) de nuestras, a menudo, desordenadas identidades. Los paisajes afectivos son la marca del regreso, o, precisamente al revés, la constatación de la imposibilidad del regreso, pues, como afirma Massey, D.: “la comprensión del carácter radicalmente dinámico del espacio implica entender que no es posible ‘volver a casa’”, o al menos no podemos hacerlo “si imaginamos el hogar como un sitio perdurable a partir de dónde venimos” (MASSEY, D., 2000, 230). Los “paisajes afectivos” son, pues, la medida de nuestras huidas y de nuestras fidelidades, y, al cabo, la referencia de todas nuestras distancias, nuestra “métrica” más personal.

De esta manera comprendemos mejor cómo la experiencia paisajística está atravesada por numerosas tensiones (entre la proximidad y la distancia, la observación y la habitación, lo público y lo privado, etc.). Tensiones que en nuestros días se intensifican y se hacen, a menudo, conflictivas en el marco de la práctica turística, al ser ésta una de las principales vías para entrar en contacto con nuevos paisajes e, incluso, con los antiguos -los que llamamos “nuestros”-, toda vez que es probable que ahora sean “otros” los turistas que vengan a visitarlos, haciendo que acaso no podamos reconocernos ya en ellos (o como parte de ellos).

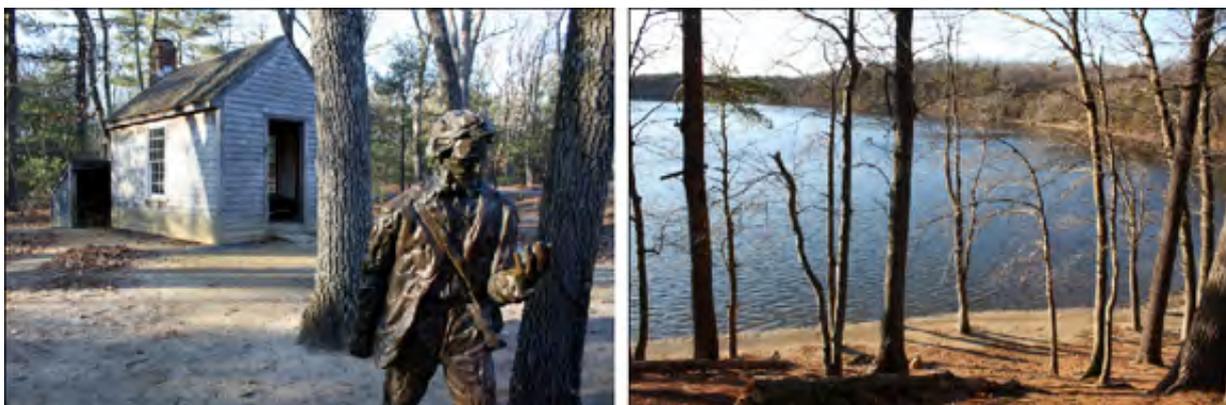
3. Un paseo por el bosque. Thoreau y el Walden Pond

Quien sea o haya sido lector asiduo de la obra del escritor norteamericano H. D. Thoreau comprenderá fácilmente la íntima emoción que se experimenta cuando, en una mañana luminosa de una primavera aún luchando por despuntar en los árboles, el tren proveniente de Boston o de Porter Square (Cambridge) deposita al viajero en la estación del pueblo de Concord (Massachusetts, Estados Unidos), desde donde ya se adivina la espesura del bosque y el rumor del Walden Pond, el que fuera el lugar por excelencia de la vida y la obra de dicho escritor.

Por el camino, desde el tren, han pasado ya las casas, los abedules negros y amarillos, las hayas festoneadas por líquenes, los “common gardens”, y algún que otro campo de beisbol que dibuja estampas familiares de fin de semana. A dos millas del centro de Concord, al oeste, se encuentra el Walden Pond, rodeado de bajas colinas y cubierto de frondosos bosques, atrapado hoy en día entre dos ruidosas carreteras, la 2 y la 126. Concord es, sin duda, la cuna del trascendentalismo norteamericano, un paisaje marcado por sus prados fértiles y sus ríos sinuosos, por una topografía rugosa sembrada de lagunas (Walden, White, Bateman), y de la que hoy en día se recuerdan sobre todo esos tres acres que Emerson le había dado a Thoreau en Walden Pond y en el que él construyó la mítica cabaña en la que vivió entre 1845 y 1847. Para los trascendentalistas de Nueva Inglaterra de aquella generación, el bosque representó el lugar de la verdad, y el silencio que entre sus árboles se encontraba, fue la marca del acceso a una forma de vida más esencial, donde la naturaleza se entendía como el mejor lugar en el que observar esa unidad espiritual (“oversoul”, como la llamó Emerson) de la que todos formamos parte y en la que nos hermanamos.

Ese lugar representa la vida rústica, simple, austera. La sabiduría intuitiva, el diálogo con la naturaleza. Porque la narrativa de Thoreau conserva el aliento de una épica silenciosa y de paso pequeño, que explora la cercanía: “Dos o tres horas de caminata –gustaba decir Thoreau-, pueden llevarme a una zona tan desconocida como jamás esperaba encontrar [...] De hecho, hay una especie de armonía aún por descubrir entre las posibilidades del paisaje en un radio de quince kilómetros, o sea, dentro de los límites de un paisaje vespertino, y los setenta años de vida humana” (THOREAU, D., 1862 [1999], 12-13). Se trata de una geografía de emociones pequeñas, y de pequeños gestos, pero que tiene el aliento de las grandes proezas. El emboscamiento de Thoreau tenía el sentido de la búsqueda de la voz más original y propia del bosque (la memoria de las ninfas). Desde allí, como dejó reflejado en su obra *Walden*, la vida se convertía en la despaciosa escucha del ulular de las lechuzas y el recital de las ranas, el mugido lejano de las vacas o el silbido del tren a las horas exactas, los pasos menudos y raudos de las ardillas y los grajos azules. La esporádica aparición de la liebre, los gansos salvajes, el somormujo o la raposa. Es la imagen de una naturaleza benigna, fuente primordial de compañía y dadora de bienes.

*Réplica de la cabaña y estatua de Henry David Thoreau (izda.), junto al Walden Pond (dcha.), cerca de Concord, Massachusetts**



* La experiencia en aquel lugar, donde estuvo entre 1845 y 1847, le sirvió para escribir su obra más conocida, *Walden; or, Life in the Woods*, publicada en 1854. Toda la zona forma actualmente la *Walden Pond State Reservation*.

Para honrar la memoria de esta experiencia, en el calvero del bosque en que antaño estuviera su cabaña se alzan hoy una serie de hitos, que dan continuidad al hito originario que fuera iniciado por B. Alcott y R. W. Emerson como memorial a su amigo H. D. Thoreau tras su muerte, y pensando que quizás sus lectores y admiradores (incluidos Whitman y Muir, que pusieron también su piedra en 1881 y 1883, respectivamente) lo continuasen hasta que la pila de piedras creciese y superara las propias copas de los árboles.³² De esta manera, unían para siempre la memoria de ese paisaje con la del caminante Thoreau.

En efecto, cualquiera que hoy visite el lugar no puede evitar la asociación, pues aquel es, sin duda, la más alta realización paisajística del trascendentalismo norteamericano (además de concentrar muchos de los mitos y símbolos de la identidad cultural norteamericana: la “retirada” a la naturaleza, el espíritu de la frontera y de los pioneros, el individualismo, etc.). Además, como ha comentado S. Schama, no sólo el propio Walden es la prueba de “la pérdida de inocencia del lugar, pues es imposible ir allí sin ser abrumadoramente consciente de su fantasmal presencia”, sino que

32. Aunque el hito no haya alcanzado esa altura, la prueba de su importancia es que en 1975 los “rangers” del parque movieron este hito fuera del bosque porque lo consideraban “antiestético”: las protestas de las gentes del lugar y los seguidores de Thoreau hicieron que se volvieran a poner allí en 1978.

además, “la arqueología de *su* habitación [la de Walden Pond] permanece en el hito de piedras que representa su corazón, regularmente añadida por los incontables peregrinos y devotos de su memoria que han fatigados el sendero a la orilla del lago pulido con su homenaje” (SCHAMA, S., 1999, 576).

Podría decirse que el visitante de hoy en día, participando de la estructura que el hito impone al lugar (pues éste lo “ritualiza”), de alguna manera trasciende la banalización que un paso más superficial por ese paisaje implicaría. El tomar parte en esa práctica de ritualización puede ser un ejemplo de las posibilidades que *todavía* tenemos de llevar a cabo gestos significativos en nuestro encuentro con el paisaje. Efectivamente, la costumbre común de colocar “hitos” (amontonamientos de piedras) en ciertos parajes., más allá de su función tradicional de indicar senderos en la montaña, permite instaurar marcas simbólicas o lugares de peregrinación y de memoria, y pueden ser entendidos en sí mismos como artefactos geográficos -o geopoéticos-³³ capaces de articular y signar *aún* “paisajes afectivos”. Los hitos expresan relevantes formas *concernimiento* (son la huella de nuestro estar-conmovidos por el paisaje) y son marca de la memoria que en nosotros dejaron ciertos hechos, asociaciones o elementos propios de ese lugar, a la vez que son surco de nuestra presencia en los mismos. A través de los hitos, los visitantes (viajeros y/o turistas) quedan de alguna manera vinculados a tales paisajes. Se trata de un gesto de afecto que signa “camino de reconocimiento” (por utilizar la expresión de P. Ricoeur) y es marca de trascendencia.

No obstante, estos gestos no están exentos de esas tensiones que antes comentábamos, y, en concreto, aquí podríamos analizar dos. Por una parte, las complejas dinámicas, que la visita desencadena, entre los paisajes imaginados (los del atento lector de Thoreau) y los paisajes reales (a los que se confronta el visitante de Walden Pond). Es decir, el cómo se produce nuestra inserción en las geografías emocionales asociadas a esos paisajes: en este caso, el bosque es, en el imaginario thoreauiano, paisaje de calma y quietud, serenidad y pureza, simplicidad. Es paisaje de gozo y dulzura, de ociosidad y ensoñamiento. Pero también es el paisaje de la riqueza, del esfuerzo de crecer: una geografía moral en que el bosque es, precisamente, el lugar del florecimiento, donde la vida encuentra ese margen en que prender y abrirse, enseñarnos lo que tiene de valioso. El bosque es en Thoreau evocación de unas geografías de la despreocupación, la levedad y el despojamiento; de la contemplación, el arrobamiento y el abandono, el cuidado de sí.

Y, por otra parte, la compleja tensión entre el eje de lo privado y lo público en que se produce toda forma de contacto con el paisaje. Entre esos dos polos de la tensión damos expresión a nuestros encuentros paisajísticos, pues éstos son siempre mezcla de un denodado intento por hacer de él algo único y especial (tratamos de darle un carácter particular a nuestro estar-allí), pero a la vez éste puede serlo gracias a que participa de una estructura pública e intersubjetiva que acoge esas individualizaciones, y hace que nuestra participación en el ritual (con todas las variantes que queramos ponerle) tenga sentido. Nuestros gestos en el paisaje son siempre una negociación con las condiciones reales y con los significados simbólicos de esos emplazamientos.

Señalando estas tensiones es posible empezar a explorar las posibilidades de ciertos gestos significativos con los cuales pretendemos aún signar nuestro vínculo con el paisaje y establecer querencias en las que podamos seguir mirándonos para decir, al cabo, quiénes somos.

33. GILLET, A. (en prensa), TILLEY, C. (2004), LÉVY, B. y GILLET, A. (2007).

4. Bibliografía

- ANDERSON, B., HARRISON, P. (2006): "Questioning affect and emotion", en *Area*, vol. 38, nº 3, pp. 333-335.
- ARGULLOL, R. (1982 [2008]): *El Héroe y el Único. El espíritu trágico del romanticismo*, Barcelona, Acantilado.
- AUGE, M. (1992): *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*, París, Seuil.
- BINGLEY, A. (2003): "In here and out there: sensations between Self and landscape", en *Social & Cultural Geography*, Vol. 4, nº 3, pp. 329-339.
- BONDI, L., DAVIDSON, J., SMITH, M. (2005): *Emotional Geographies*, Aldershot, Ashgate.
- CONRADSON, D. (2005a): "Freedom, Space and Perspective: Moving Encounters with Other Ecologies", en BONDI, L., DAVIDSON, J., SMITH, M. (2005) *Emotional Geographies*, Aldershot, Ashgate, pp.103-116.
- ___ (2005b): "Landscape, care and the relational self: therapeutic encounters in rural England", en *Health and Place*, nº 11, vol. 4, pp. 337-348.
- DAVIDSON, J. (2003): *Phobic Geographies. The Phenomenology and Spatiality of Identity*, Aldershot, Ashgate.
- ___ y BONDI, L. (2004): "Spatialising affect; affecting space: an introduction", *Gender, Place and Culture*, Vol. 11, No. 3, pp. 373-374.
- ___ y MILLIGAN, C. (2004): "Embodying Emotion Sensing Space: Introducing emotional geographies", *Social & Cultural Geography*, Vol. 5, N. 4, pp. 523-532.
- DEWSBURY, J.D. (2003): "Witnessing space: knowledge without contemplation", *Environment and Planning A*, vol. 35, pp. 1907-1932.
- ESTÉVEZ, B. (2012): "La idea de espacio público en geografía humana. Hacia una conceptualización crítica) contemporánea", *Document d'Anàlisi Geogràfica*, 58, 1, pp. 137-163.
- GESLER, D. (1992): "Therapeutic landscapes: medical issues in light of the new cultural geography", *Social Science & Medicine*, nº 34, vol. 7, pp. 735-46.
- ___ (2003): *Healing places*, Lanham (MD), Rowman and Littlefield.
- ___ (2005): "Therapeutic landscapes: an evolving theme", *Health & Place*, Vol. 11, nº 4, pp. 295-297.
- GESSNER, D. (2004): *Sick of Nature*, Lebanon (NH), University Press of New England.
- GILLET, A. (en prensa): "One stone after the other. Geopolitical considerations on stony ground", CAMERON, L. et al (eds) *Feeling our way: advancing emotional geographies*, Londres, Ashgate.
- GOTTDIENER, M. (2000): *New Forms of Consumption: Consumers, Culture, and Commodification*, Lanham (MD), Rowman and Littlefield.
- HARRISON, P. (2007): "'How shall I say it.?' Relating the nonrelational", *Environment and Planning A*; 39, pp. 590-608.
- JÜNGER, E. (1920 [2005]): *Tempestades de acero*, Barcelona, Tusquets.
- JÜNGER (1979 [2005]: 13): *Radificaciones I. Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1939-1943)*, Barcelona, Tusquets.
- LÉVY, B., GILLET, A. (2007): *Marche et paysage. Les chemins de la géopoétique*, Ginebra, Métropolis.
- LORIMER, H. (2008): "Cultural geography: non-representational conditions and concerns", *Progress in Human Geography*, 32, 4, pp. 551-559.
- MACFARLANE, R. (2007 [2008]): *Naturaleza virgen*, Barcelona, Alba.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2005): "El paisaje como encuentro y expresión de identidad. Literatura, excursionismo y protección", en N. Ortega Cantero (Ed.). *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 45-113.
- ___ (2009a): "Valores escondidos de los paisajes. Calidades ocultas de la ascensión a la montaña", E. Martínez de Pisón y N. Ortega Cantero (Eds.) *Los valores del paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, pp. 9-44.
- ___ (2009b): *Miradas sobre el paisaje*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E., ÁLVARO, S. (2002): *El sentimiento de la montaña. Doscientos años de soledad*, Madrid, Ediciones Desnivel.
- MASSEY, D. (2000): "Travelling Thoughts", en P. Gilroy, L. Grossberg and A. McRobbie (eds) *Without Guarantees: in Honor of Stuart Hall*, pp. 195-215.

- McCOMACK, D. P. (2003): "An event of geographical ethics in spaces of affect", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 28(4), pp. 488-507.
- (2007a): "Molecular affects in human geographies", *Environment and Planning A*, 39(2): 359-377.
- (2007b): "Politics and moving bodies, Review Essay *Political Theory*, 35(6): 816-824.
- MURDOCH, J. (1997): "Towards a geography of heterogeneous associations", *Progress in Human Geography*, Vol. 21, No. 3, 321-337.
- (1998): "The spaces of actor-network theory", *Geoforum*, Vol. 29, No. 4. (November 1998), pp. 357-374.
- NASH, C. (2000): "Performativity in practice: some recent work in cultural geography", *Progress in Human Geography*, 24, pp. 653-664.
- NOGUÉ, J. (2011): "Paisaje y comunicación: el resurgir de las geografías emocionales", en LUNA, T. y VALBERDE, I. (Dir.) (2011) *Teoría y paisaje: reflexiones desde miradas interdisciplinarias*, Barcelona, Observatorio del Paisaje de Cataluña.
- NOGUÉ, J. y DE SAN EUGENIO VELA, J. (2011): "La dimensión comunicativa del paisaje. Una propuesta teórica y aplicada", *Revista de Geografía Norte Grande*, 49, pp. 25-43.
- ORTEGA CANTERO, N. (1987): *Geografía y cultura*, Madrid, Alianza.
- (1999): "Romanticismo, paisaje y Geografía. Los relatos de viajes por España en la primera mitad del siglo XIX", *Ería*, 49, pp. 121-128.
- (2006): "Entre la comprensión y la explicación: el concepto de paisaje en la geografía moderna", en MADERUELO, J. (Ed.) *Paisaje y pensamiento*, Madrid, Abada, pp. 107-130.
- PARDO, J. L. (2010): *Nunca fue tan hermosa la basura*, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg.
- PUENTE, P. (2008): "Rethinking travel, tourism and mobility in connection with contemporary theories of place", *Annual Meeting of the International Association for the Study of Environment, Space, and Place*. Towson University (MD).
- (2010): "¿Lugares sin memoria? Retos y dilemas de las geografías posmodernas", en N. ORTEGA CANTERO, J. GARCÍA ÁLVAREZ, M. MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ (Eds.). *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*, Madrid, Ediciones de la UAM, pp. 259-274.
- RECLUS, E. (1899 [2008]): *Historia de una montaña*, Palma de Mallorca, Olañeta.
- RUSSELL, W. B., JANEEN A. C. (1998): "The Mountain Man Myth: A Contemporary Consuming Fantasy", *The Journal of Consumer Research*, 25, 3, pp. 218-240.
- SAFRANSKI, R. (2007 [2009]): *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, Barcelona, Tusquets Editores.
- SAINT-EXUPÉRY, A. (1931) : *Vol de nuit*, Gallimard, Francia, 2002.
- (1939): *Tierra de hombres*, Barcelona, Emecé, 2000.
- (1944): *Carta a un rehén*, Barcelona, Emecé, 2000.
- (1948): *Ciudadela*, Barcelona, Alba, Barcelona, 1997.
- SCHAMA, S. (1999): *Landscape and memory*, Nueva York, Vintage Books.
- SMITH, M. (2005): "On 'Being' Moved by Nature: Geography, Emotion and Environmental Ethics", en BONDI, L., DAVIDSON, J., SMITH, M. (2005) *Emotional Geographies*, Aldershot, Ashgate, pp. 219-230.
- STOREY, D. (2006): "Images of rurality: Commodification and Place promotion", en Warren, M., Yarwood, R. (Eds.), *The Rural Citizen: Governance, Culture and Wellbeing in 21st Century*, UK, The University of Plymouth.
- THIEN, D. (2005): "After or beyond feeling? A consideration of affect and emotion in geography", *Area*, vol. 37, num. 4, pp. 450-456.
- THOREAU, D. (1854 [2002]): *Walden o la vida en los bosques*, Barcelona, Los Libros de la Frontera.
- (1862 [1999]): *Pasear*, Palma de Mallorca, Olañeta.
- THRIFT, N. (1999): "Steps to an ecology of place", en MASSEY, D., ALLEN, J. SARRE, P. (eds.) (1999) *Human Geography Today*, Cambridge, Polity Press, pp. 295-324.
- (2004): "Intensities of Feeling: Towards a Spatial Politics of Affect", *Geografiska Annaler*, 86, B, (1), pp. 57-78.
- TILLEY, C. (2004): *The Materiality of Stone. Explorations in landscape phenomenology*, Oxford/Nueva York, Berg.
- TOLIA-KELLY, D.P. (2006): "Affect - an ethnocentric encounter?: Exploring the 'universalist' imperative of emotional/affectual geographies", *Area*, 38, pp.213-217.

- URRY, J. (2005): "The Place of Emotions within Place", en DAVIDSON, BONDI, L., SMITH, M. (2005) *Emotional Geographies*, Aldershot, Ashgate, pp. 77-83.
- WHATMORE, F. (1997): "Dissecting the autonomous self: hybrid cartographies for a relational ethics" *Environment and Planning D: Society and Space*, vol.15, nº 1, pp. 37-53.
- ___ (2002) : *Hybrid geographies: natures cultures spaces*, Sage, Londres.
- WILLIAMS, A. (Ed.) (1999): *Therapeutic landscapes: The dynamic between Wellness and Place*, Lanham (MD), University Press of America.
- WYLIE, J. (2002): "An essay on ascending Glastonbury Tor", *Geoforum*, 33, pp. 441-454.
- ___ (2003): "Landscape, performance, and dwelling: A Glastonbury case study", CLOKE, P. (ed.) *Country visions*, Londres, Longman, pp. 136-157.
- ___ (2005): "A single days's walking: narrating self and landscape on the South West Coast Path", *Transactions of the Institute of British Geographers*, nº 30, pp. 234-247.
- ___ (2006): "Depths and folds: actualising landscape and the gazing subject", *Environment and Planning D*, 24(4) 519 – 535.
- ___ (2007): *Landscape*, Londres, Routledge.
- ___ (2009): "Landscape, absence and the geographies of love", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 34, 3, pp. 275 – 289.